

forma de amor a la humanidad, de contribución de un país al mejoramiento mundial, porque a ello directamente servimos cuando limitamos nuestras fuerzas y anhelos de progreso al grupo de conciudadanos que puede oírnos o seguirnos. Además, la obra del avance humano hacia una saludable redención no puede hacerse de un golpe, por un acuerdo espontáneo de todos los hombres: es la obra de pequeños grupos, de la propaganda tenaz por largos años y dentro de los límites familiares del país, de la ciudad, de la aldea en que nacimos. El amor a la humanidad, en el amplio sentido de las prédicas, de puro extenso se diluye y no pasa de una amable intención.

Hagamos lo posible, pues, por engrandecer a Costa Rica, a Centro América, que es lo que tenemos a mano; que nuestro vecino tenga casa confortable, libro que leer, deleites artísticos baratos en las horas de descanso, auxilio cariñoso en los días de enfermedad, de vejez o de infortunio, campos libres que recorrer en los días primaverales, libertad de pensamiento, asociaciones mutuas de apoyo y engrandecimiento y, sobre todo, señorío de la tierra que pisa. Porque sin este señorío del suelo nativo, en balde se hacen, a mi juicio, esfuerzos colectivos por la reivindicación de otros derechos. Porque el derecho fundamental y primario es el de habitar, el de ser el dueño de la tierra en que se vive; si dejamos que hombres o instituciones codiciosas lo acaparen para su particular beneficio, si vemos impasibles que el conquistador forastero poco a poco la compra, si nada hacemos por conservarla ante todo y cultivarla después, estamos perdidos, en camino hacia la peor de las esclavitudes, la del proletario que no pasa de ser un mero inquilino en la tierra de sus padres. Esto es una amenaza y una vergüenza. Si el 1º de Mayo, si la Fiesta del Trabajo debe serlo de reflexión y de recogimiento, meditemos sobre esta gran temeridad: La concesión que estamos haciendo a la codicia extraña de las tierras heredadas de nuestros mayores, las mismas que ellos noblemente supieron defender hace 56 años y las que estamos obligados a conservar y a hacer productivas — mediante colonias agrícolas — para sustento y riqueza de propios y foráneos y garantía de nuestra libertad amenazada, porque un pueblo que pierde el señorío de su tierra no puede ser un pueblo

libre, desde luego que el suelo que pisamos es el que nos da la firmeza, el sustento, la independencia y la alegría. De modo, pues, que el 1º de Mayo será para vosotros un doble símbolo de redención.

Pasemos ahora a la trascendencia solidaria y mundial de la fecha que hoy festejamos como la del Trabajo.

Fueron los operarios yanquis quienes iniciaron en 1886 tal fiesta con estas palabras:

A partir del 1º de Mayo de 1886 ningún obrero trabajará más de 8 horas al día: 8 de trabajo, 8 de reposo, 8 de educación.

Los trabajadores de Europa acogieron esta proclama con entusiasmo: la Liga Socialista de Londres organizó su primera demostración en 1890, en el Hyde Park, a manera de protesta de los trabajadores británicos contra las explotaciones opresivas del capitalismo. En el 89 el Congreso Socialista Internacional de París imitó estas rebeldes iniciativas. ¡De entonces acá cuánta sangre proletaria ha costado la celebración del 1º de Mayo en los Estados Unidos, Francia e Italia, porque el anuncio de las jornadas de 8 horas llenó de espanto a los detentadores de la riqueza y a los gobiernos, sus obligados defensores! ¡Cuánto han preocupado a las clases dirigentes de Europa y América estas paradas, sin galones ni cornetas, de proletarios si-

lenciosos y, sin embargo, temibles! ¿Y eso por qué?, me diréis.

Es que la proclama de los trabajadores yanquis, si los obreros del mundo llegaran a realizarla, cambiaría el aspecto de la vida social y económica de nuestro tiempo. Porque esa proclama implica una triple revolución: económica, higiénica y educativa. Ocho horas de trabajo, como quien dice un dique poderoso puesto a la codicia del patrón insaciable, que deseaba que sin descanso trabajaran sus máquinas y los obreros que las guían. Ocho horas de descanso, lo bastante para reponerse de todas las fatigas, renovar los entusiasmos y los bríos y retornar a la fábrica, no como un desecho soñoliento, sino alegre y bien dispuesto. Ocho horas de descanso, de modo que la vida proletaria sea más sana, menos triste, más larga.

Ocho horas de cultura espiritual, tantas como para ocuparlas en las nobles disciplinas del estudio y del arte. Ocho horas diarias de estudio proletario que en sí bastarían para transformar el mundo. Estudio quiere decir reflexión, amplitud de horizontes y aspiraciones en la vida, comprensión más profunda y clara de la naturaleza y de sus fuerzas y de las relaciones sociales; estudio quiere decir propósitos de ennoblecimiento, de mejora en las costumbres personales. El estudio, la intimidad del arte asociado al trabajo libre, surtidores de idealismo, que llenan la vida de encanto y la hacen más bella y pasadera. Hacen que el obrero se estime más, que sea más limpio, más ordenado, más amigo de embellecer su existencia, de hacer el hogar más confortable; más lo encariñan con las máquinas, a las que comprende mejor y con más acierto maneja.

El estudio trae consigo la emancipación de la inteligencia, que de todas es la suprema emancipación, porque ella ilumina la oscuridad en que uno vive, siembra las dudas en el espíritu, crea la inquietud del progreso, indica el rumbo nuevo que debemos tomar, desembara el trayecto erizado de dificultades; el estudio nos da la comprensión de las ideas ajenas y nos hace tolerantes con ellas, cuando por algún motivo no concuerdan con las nuestras; es el creador de una opinión pública inteligente en los países. El estudio es lo que daría a la clase obrera la conciencia clara de sus antecedentes sociales y de los destinos que le corresponden; el estudio acabaría con



Por GARCÍA CABRAL

- Mira cuánto catarro tengo, mamá...
- ¿Y qué haces que no te sueñas?
- No tengo mangas, mamá.

(Excelsior, México).